

de rosas. La tierra,
 aterida y húmeda,
 parece una muerta
 que en la sepultura
 á pudrirse empieza...

La vida es fatiga,
 lágrimas, tristezas;
 ojos que se abren
 y ojos que se cierran...

¡Con las pobres almas
 lento el viento juega:
 las lleva y las trae
 igual que hojas secas!

ESTRELLA LEJANA

A veces entre los árboles
 brilla fugaz á lo lejos
 una luz verdosa y trémula
 como la luz de un lucero.

¿Alguna virgen que espía
 en el nocturno silencio
 los leves pasos de seda
 de algún presentido ensueño?

¿Un poeta melancólico,
que embriagado de silencio
cincela joyas nupciales
en el oro de sus versos?

¿Brilla en las pupilas tímidas
que á la existencia se abrieron,
ó fosforece en el turbio
cristal de unos ojos muertos?

La luz se apagó de pronto
como temblando de miedo...

Turbó la paz de los campos
el ronco aullar de los perros,
que, avizores rastreaban,
en las fragancias del viento
los pasos de algo invisible
que se perdió en el silencio!

MUSICA DE OTOÑO

El piano de Otoño se queja;
y su queja tenaz y angustiosa,
con las aves de paso se aleja
en la tarde de azul y de rosa.

Bajo el sol la alameda se enciende;
y temblando en el aire sonoro
lentamente, hasta el suelo, descende
el dolor de su llanto de oro!

Llora amores la lírica queja
 al rozar del marfil de sus manos.
 Bajo el pie la hojarasca se queja
 con quejidos y gritos humanos.

Suena el hacha en el bosque desierto,
 mientras dobla en la torre lejana,
 por alguna doncella que ha muerto,
 el metal de la vieja campana.

Del Otoño en la tarde serena,
 al conjuro fugaz de su mano,
 el piano le dijo su pena
 y ella dijo su pena al piano!

LA PRINCESA ENCANTADA

Á ALFREDO GUIMARAES

Por mis viejos jardines de Oriente
 ha cruzado una ráfaga helada.
 A la Luna, suspira la fuente
 como alguna princesa encantada.

Todo un canto de amores salmodia;
 se deshoja el rosal agostado,
 y despierta el dragón que custodia
 el cancel del jardín encantado.

¡Oh, gallardo y gentil caballero,
 que llegaste buscando un tesoro,
 de un remoto país extranjero,
 empuñando tu alfanje de oro;

no traspases los viejos umbrales!...
 Al que pasa, el dragón le da muerte
 con sus rojas pupilas fatales,
 y en un triste ciprés le convierte!

Aún amigas te son las estrellas,
 aún está tu esperanza florida...
 ¡No persigas ensueños, que aun bellas
 realidades te guarda la Vida!

¡Sólo aquél que no teme la Muerte,
 porque todo lo tiene perdido,
 puede, viejo jardín, conocerte,
 y en tus frondas hallar el olvido!

Solo aquél que ni sueña ni siente,
 es capaz de matar con su espada
 al dragón que custodia la fuente
 donde está la princesa encantada...

Sólo él puede enjugar ese llanto
 que hace siglos resuena constante...
 ¡Pero tema, al romper el encanto,
 que la bella princesa lo encante!

RITORNELOS

I

¡Yo era un niño, yo era un niño,
y cuánto ya te quieral
El dolor de mi cariño
era mi sola alegría.

Siempre en el alma la idea
de ser contigo sincero:
— ¡Mañana como la vea
le diré cuánto la quiero!...

Y cuando á ti me acercaba,
te miraba, te miraba,
y á hablarte no me atrevía

de aquel tímido cariño ...
¡Yo era un niño, yo era un niño,
y cuánto ya te quería!

II

¡Volved otra vez á veros
desde lejos, sin turbaros,
ojos azules y claros
de mis amores primeros!...

¡Oh, Margarita, hilandera
de mis ensueños lejanos,
ya no jugarán mis manos
con tu blonda cabellera!

¿Quién eras?... ¿Adónde fuiste,
único amor rubio y triste
de mi niñez sin amores?...

¡Volved de nuevo á miraros
desde lejos y entre flores,
ojos azules y claros!

III

La Virgen de los Dolores
vió mis lágrimas primeras...
Yo le regalaba flores
para que tú me quisieras.

Estabas en el convento,
y yo sus muros rondaba,
por ti preguntando al viento
que tu aliento respiraba.

Y soñaba mi deseo
con la escala de Romeo,
bajo la clara fragancia

de primaveral aurora...
¡Oh, ruiseñor de mi infancia!
¿En dónde cantas ahora?

IV

¡Oh, pobre amor!... ¿Dónde has ido?
Esta mañana en mi huerto,
entre rosas, junto al nido,
encontré un ruiseñor muerto.

Vendrán otros ruiseñores
mi Primavera á alegrar,
pero aquel muerto entre flores,
jamás volverá á cantar!

¡Corazón, corazón mio,
muere de angustia y de frío
con tus recuerdos de amor!

Calla!... Suspende el aliento...
Un canto tiembla en el viento...
— ¡Pero no es mi ruiseñor!

Entre las gentes me veo
siempre á solas con mi llanto,
igual que el patito feo
que Andersen amaba tanto!

Como nadie me quería,
cifré en ti mi único empeño,
¡oh, rubia primita mía,
blanca y frágil como un sueño!

De mi pasión te reiste...
Y de nuevo quedé triste,
á solas con mi deseo,

siempre ocultando mi llanto,
igual que el patito feo
que Andersen amaba tanto!

VI

No quiero verla á mi lado
de nuevo, pues si la viese,
acaso ya no tuviese
aquel encanto pasado.

Su imagen tiene el misterio
y el amor de aquella hermana
que en una tarde lejana
llevaron al cementerio.

¡Oh, el recuerdo!... En la distancia
 es más dulce su fragancia!...
 Pasó, y me dejó su huella,

y verla otra vez no quiero...
 ¡Ya no soy yo, ni ella, aquella
 visión de mi amor primero!

ORACIÓN

Siempre arrodillada
 la niña gemía...
 La Virgen María
 su pena veía
 llorosa y callada.

Las manos de una
 palidez de luna,
 en cruz. La mirada
 tímida y sincera
 perdida en el cielo,

y su cabellera
rubia y destrenzada
flotando hasta el suelo!

Siempre arrodillada
la niña gemía...
La Virgen la oía
llorosa y callada.
Ella le decía
suspirando queda:

—¿Por qué, Madre mía,
por qué en mi ventana
su escala de seda
no vió la mañana?

¿Qué dolor cruento
ha roto estos lazos,
que hoy cantar no siento
la alondra en sus brazos?

¿Por qué en sus pupilas
no contemplo ahora,
temblar las tranquilas
luces de la aurora?...

¡Por esos puñales
con que os han herido,
por todos los males
que Cristo ha sufrido;

por tantos excesos,
por tanto quebranto...
¡que vuelvan sus besos
á enjugar mi llanto!...

Siempre arrodillada
la niña gemía...
La Virgen María
su pena veía
llorosa y callada.